

Que la muerte te acompañe



UNA NOVELA DE
Risto Mejide



*Para Julio Mejide Jiménez,
esto y todo lo demás,
hasta que la muerte me acompañe.*



PARTE UNO

*«No concibo que quien nada necesita pueda amar algo;
no concibo que quien no ama nada pueda ser feliz».*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU,
Emilio o De la educación, Libro IV.



1

Salvaslips senior para pequeñas pérdidas, 1 tubo de adhesivo para dentaduras postizas, envase de 24 daditos de caldo de pollo, masa y levadura para hacer pasteles, un brick de leche desnatada, gel de baño familiar, 200 gramos de jamón dulce cortado en lonchas muy finitas, 150 gramos de queso semicurado, lubina fileteada sin espinas y una botella de agua mineral con gas.

Toscano observó a aquella venerable anciana, feliz solo con pasar de este segundo al posterior, y no pudo reprimir la estocada:

—¿Esta semana tampoco la visitan los nietos?

La anciana dejó caer los pocos músculos faciales que aún sostenían su sonrisa, como si de pronto dejase escapar mil años de tristeza atrasada.

—No, aún siguen de viaje.

—Diga usted que sí, que ahora con eso del *low cost*, sale más caro quedarse en casa y tener que aguantar los pedos de la abuela. Son 34 con 20.

La anciana se quedó un par de segundos noqueada, hasta que recordó algo.

—Me han escrito un e-mail. —Se aferró a la única brizna de esperanza mientras contaba los 20 céntimos.

—Ya ve usted. Un e-mail. Para cuando le escriban una postal, que se la envíen al tanatorio. Gracias. Su tique. *¡Next!*

La anciana sacó del monedero un e-mail doblado hecho un gurrño.

—Mire, lo llevo siempre conm...

—*¡Neeext!*

2 kilos de peras limoneras, 1 sandía, 1 zumo de naranja, leche desnatada, 500 gramos de cerezas, pack de 4 bebidas isotónicas, zumos multifrutas tropicales. Ya solo la cesta ocupaba el doble que su portador, un chavalín que no levantaba un metro del suelo, con la lista de la compra en la boca, un apetitoso bizcocho en una mano y un billete de 50 euros que sobresalía por todos los dedos en la otra. Toscano pasó los productos por el escáner y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, pequeñín?

—*Ziete.*

—Pues aparentas tres. Y merendando así de sano, cuando tengas mi edad, en vez de picha, lo que tendrás ahí abajo será un nabo. ¿Y sabes lo que les pasa a los nabos? Que muy sanos, muy sanos, pero solo se los acaban comiendo las pijas vegetarianas y las viejas estreñidas. Y tú no querrás llegar a mi edad y encontrarte mendigando una felación a las puertas de un geriátrico o, lo que es peor, a la salida de un súper ecológico... ¿Eh?

La carita del pequeño dibujó su primera tristeza.

—Mira, te voy a meter en la bolsa estos 200 gramos de grasas saturadas en forma de bollería industrial y estos 300 chicles con sobrecarga de azúcar especialmente perjudicial para dientes de leche solo con una condición: te lo tienes que comer TODO antes de llegar a casa

QUE LA MUERTE TE ACOMPAÑE

y SIN que se entere mamá. ¿Me lo prometes? Dame ese pastelito —Toscano se lo comió de un bocado— y también esos 50 euros, que ya me hago cargo. ¡Next!

La pobre mujer que estaba a continuación pesaba más de cien kilos, llevaba un carro lleno hasta decir basta y había presenciado aterrorizada la escena. Toscano la miró como el explorador mira al desafío y le hizo un gesto con el dedo para que se acercase.

La mujer dio un paso atrás y corrió despavorida a cambiar de cola.

—¡Nex...! —Al ver el siguiente cliente en la cola, la actitud de Toscano tiró de freno de mano con el consiguiente trompo—. Ho... hola.